NÚMERO 17

Un poder que transfo

Gracias al Espíritu, el pueblo un agente de cambio

Los adventistas tenemos 28 creencias fundamentales; la número 17, titulada "Dones y ministerios espirituales", es de suma importancia. El apóstol Pablo explica la razón bíblica y teológica de los dones espirituales en diversas ocasiones, de manera especial en 1 Corintios 12 y Efesios 4:1-13.

Ahora bien, imagine por un momento las tres siguientes viñetas:

Viñeta 1
Oscuridad: "Yo llegué primero; soy mayor".
Luz: "¿Y qué? No eres más importante que yo".

Al repasar la historia de la creación en Génesis 1, verá que no había desacuerdo ni tensión negativa alguna entre la oscuridad y la luz. Cada una de ellas funcionaba de acuerdo con el propósito asignado por Dios. El título designa funciones, pero no importancia.

Viñeta 2
Serafín: "Tengo seis alas. Soy un ángel especial. Dios me ama más, porque me creó con seis alas".
Querubín: "Dios me ama más que a los ángeles que solo tienen dos alas. Es verdad que no tengo seis alas, pero tengo cuatro, por lo que soy más valioso que los que tienen solo dos. ¡Yo también soy muy especial para Dios!"

Un estudio de los ángeles en el Antiguo Testamento (Isa. 6:2; Eze. 1:6, 11; 10:8, 21) nos revelará que, por supuesto, los serafines y querubines no discutían entre sí por la supremacía. Ninguno tenía sentimientos de superioridad o inferioridad, enojo o resentimiento. Cada uno funcionaba dentro de los propósitos divinos para ellos y de acuerdo con el plan divino para la salvación de la humanidad.

Viñeta 3
Cerebro: "Hoy estoy de huelga. El corazón no me dio crédito alguno en el programa de ayer en el Canal de la Salud".
Ojos: "Me rehúso a usar el don de la vista para guiar el cuerpo. La boca no me dio crédito alguno en ese artículo publicado por la Asociación Médica".
Pies: "No voy a ayudar a nadie a caminar, porque el resto del cuerpo me ignoró cuando pedí un alivio".

Estas viñetas captan la esencia de la ilustración paulina del cuerpo humano en 1 Corintios 12:13-17.



Ivan L. Warden es director asociado del Patrimonio White de la Asociación General, en Silver Spring, Maryland, EE. UU.

Nadie es superior o inferior

Las partes del cuerpo no luchan entre sí. No hay malicia ni animosidad entre ellas. Cada órgano es vital. De manera similar, la iglesia recibe dones de Dios para cumplir con eficacia la misión divina. Es el plan de Dios que cada don funcione para dar gozo y alegría a la raza humana.

Edificar el reino es edificar a las personas. El reino de Dios crece cuando trabajamos por la edificación de las personas. Para Jesús, la gente era de suma importancia. Antes de regresar al cielo, dijo: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (Mar. 16:15). Pero antes de cumplir la misión, los discípulos necesitaban tener una integración más sólida entre la teoría y la práctica, las palabras y las acciones, la fe y los hechos. Tenían que esperar.

¿Esperar qué? El curso intensivo poseía un currículo que trascendió la muerte de Jesús. En Hechos 1:4 Lucas nos dice que tenían que esperar que la promesa del Padre se hiciera realidad. Dijo también Jesús: "Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo".

Necesitaban la capacitación especial del Espíritu. Una vez que estuvieran equipados con él, podrían predicar, enseñar y transmitir los valores del reino por toda Jerusalén. Y entonces podrían transmitir el evangelio también en Samaria y hasta lo último de la tierra (Hech. 1:8). Los principios del reino fueron llevados al palacio del César, a las prisiones, a todos los estratos sociales y a cada grupo lingüístico de su época. Desde el tiempo de Jesús hasta el siglo III, estos constructores del reino predicaron en las esquinas, en los desiertos, en las montañas y dondequiera tuvieran la oportunidad.

A fin de equiparlos para la tarea, Dios les dio dones especiales (1 Cor. 12; Efe. 4). En relación con esto, dos conceptos fundacionales sostienen el ministerio congregacional de éxito. Sin entender e implementar estos dos conceptos, los dones no pueden funcionar con plenitud. Sin ellos, la congregación queda muerta en vida. Puede respirar y tener pulso, pero carecerá de vigor, vitalidad y energía.

Los dos conceptos son la unidad y el amor. Estos afectan la conducta. Sin ellos, los ministros y sus feligreses pueden transformarse en un organismo irrelevante, suspicaz, inerte o moribundo.

rma

de Dios puede ser

Ivan L. Warden

Sin embargo, si entendemos correctamente estos conceptos o principios (y los implementamos de buena gana), veremos resultados que superarán lo que presenciaron los discípulos. Cuando nuestras vidas están llenas del Espíritu Santo, llegamos a ser agentes de Dios en la tierra. Los dones son dados a los seres humanos, no a edificios o instituciones. La iglesia está compuesta por personas. En el Nuevo Testamento, la iglesia (eclesía) se refiere a personas, no a edificios o estructuras. Se refiere a la reunión de personas.

La palabra eclesía aparece más de cien veces, y siempre se refiere a una reunión de personas. Esto nos ayuda a entender que Dios valora a la raza humana. Su Hijo murió para salvarnos. ¡Qué don! ¡Qué sacrificio! Los dones son recibidos por seres humanos. En el aposento alto de Jerusalén, los discípulos "no esperaron ociosos",[1] sino que, "poniendo aparte toda diferencia, todo deseo de supremacía, se unieron en estrecho compañerismo cristiano".[2] Cuando estaban en desacuerdo, acordaban hablar de sus diferencias de buena manera. La unidad no elimina diversos puntos de vista. En su lugar, permite alcanzar los acuerdos por consenso. Gracias a este método, las iglesias renuevan su compromiso espiritual y se vuelven más alertas y llenas de energía.

En el aposento alto, el amor se hizo realidad. Y "el amor tiene el poder de dar en un momento lo que el esfuerzo difícilmente puede lograr en una era" (Goethe).

Elena White lo expresó de manera maravillosa: "Si nos humilláramos delante de Dios, si fuéramos bondadosos, corteses, compasivos y piadosos, habría cien conversiones a la verdad donde ahora hay una sola".[3]

Imagine qué podría pasar si las iglesias actuales tuvieran una experiencia similar a la del aposento alto. Nuestra comprensión de los dones y ministerios espirituales cambiaría. Y si los entendemos correctamente e implementamos con alegría, estos principios (junto al amor y la unidad que producirán en la iglesia) transformarán la sociedad como ninguna otra cosa puede hacerlo.

Creo en los dones y ministerios espirituales. He visto sus frutos.

[1] Elena White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 29.
[2] *Ibíd.*, p. 30.
[3] Elena White, *Testimonios para la iglesia*, vol. 9, p. 152.

Los dones y ministerios espirituales

Dios concede a los miembros de su iglesia en todas las edades, dones espirituales para que cada uno los emplee para el ministerio amante por el bien común de la iglesia y de la humanidad. Concedidos mediante la operación del Espíritu Santo, quien los distribuye entre cada miembro según su voluntad, los dones proporcionan todos los ministerios y habilidades necesarios para que la iglesia cumpla la función ordenada por Dios. Las Escrituras afirman que estos dones incluyen ministerios tales como fe, sanidad, profecía, predicación, enseñanza, administración, reconciliación, compasión, servicio abnegado y caridad, de manera de ayudar y animar a nuestros semejantes. Algunos miembros son llamados por Dios y dotados por el Espíritu para cumplir funciones reconocidas por la iglesia en los ministerios pastoral, de evangelización, apostólico y de enseñanza, específicamente necesarios para equipar a los miembros para el servicio, edificar a la iglesia de modo que alcance la madurez espiritual y promover la unidad de la fe y el conocimiento de Dios. Cuando los miembros emplean estos dones espirituales como fieles mayordomos de las gracias de Dios, la iglesia es protegida de la influencia destructora de las falsas doctrinas, crece gracias a un desarrollo que procede de Dios, y es edificada en la fe y en el amor (Rom. 12:4-8; 1 Cor. 12:9-11, 27, 28; Efe. 4:8, 11-16; Hech. 6:1-7; 1 Tim. 3:1-13; 1 Ped. 4:10, 11).